

*Un día que los hijos de Dios fueron a presentarse ante Yavé, fue también entre ellos Satán. Y preguntó Yavé a Satán: «¿De dónde vienes?» Satán respondió a Yavé: «De recorrer la tierra y pasearme por ella.»*

(Job 1.6-7)

# *Luz de luna*

Autor: J.Carlos Unhomas

Esta obra se encuentra sujeta a los términos y condiciones de la *Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs License*, que en pocas palabras viene a decir que eres libre de usar, mostrar, copiar y distribuir esta obra respetando siempre que:

- se cite al autor (J.Carlos Unhomas)
- no se use para fines comerciales sin su consentimiento
- no se transforme el contenido de la obra (incluyendo los términos de esta licencia).



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/>

Yo conocía a Javi; por esto no me extrañó la visita de aquel tipo, a decir verdad la esperaba. Nada más verle se lo dije:

–¿Periodista ?, ¿policía?

En su sorpresiva mirada, más que en el por qué de su pregunta queriendo saber de la mía, supe que era tal. No le contesté.

–Desde pequeños nos conocíamos. Fue mi mejor amigo hasta que me dejó por ella –afirmé. Y tan pronto como lo dije hube de arrepentirme por la interpretación errónea que mi oyente pudiera hacer.

Guardé silencio.

«¿Por qué? –me censuraba (respecto a lo del arrepentimiento)–, si es verdad, si lo quise como no he querido a nadie.» Y con la evidencia el arrepentimiento se hacía más y más por no hablar. No pude callar más.

–Sí –me reconvine mirándole fijamente a la cara–, hasta que me dejó por ella. ¿O es que acaso es delito que dos hombres se quieran? –Esto último lo dije casi gritando, lleno de rabia por lo que sabía eran sus pensamientos, que no los míos. Me vi obligado a precisar–: Nada de mariconería.

No sé si lo convencí, aunque conmigo sí lo hice de no tenerme que arrepentir tanto si hablaba como si no hablaba. Quizás consecuencia de ello fuera que empecé a recordar:

–El nuestro era un mundo de un kilómetro escaso a la redonda; a la redonda de nuestras respectivas casas, se entiende. Estaban éstas ubicadas junto a una carretera que no es que tuviera mucho tráfico, pero el que tenía circulaba a considerable velocidad sin duda por lo descendente de la pendiente que venía de arriba, de donde la carretera daba la vuelta..., quiero decir por lo que unos tenían que subir de la pendiente y otros por lo que les aceleraba la bajada. Tan es como digo que, que haga memoria, dos críos (como nosotros éramos entonces) fueron atropellados, uno de ellos muriendo. Es por tanto comprensible que por su peligro frontera de nuestro mundo fuera la carretera, lo cual no implica

que no la cruzáramos siempre que hacía falta, como ir a la escuela nacional donde más que estudiar jugábamos entre un batiburrillo de ciencia por aprender, a la marisma donde saciábamos nuestro deseo de aventuras en un bosque de eucaliptos o la de pescar cangrejos en el agua de mar que hasta allí llegaba en forma de ría. Pero sí, el intimo, lo habitual de nuestro mundo estaba a este lado de la carretera, donde nuestras casas, donde junto a otras pocas formaban archipiélago en un mar de hierba especialmente olorosa tras la siega del vaquero con su guadaña, donde el verde del verde prado no dejaba de ser monótono como al otro lado de la carretera con casas adosadas a su largo, humos sucios de una siderurgia y el mar cerrado en su ría. Además, como la pendiente de la que he hablado continuaba también por este lado, la tierra tocaba al cielo en un horizonte muy próximo a nuestras casas, con lo cual la no visión de un más allá no exacerbaba nuestra curiosidad y limitaba nuestros deseos de explorarlo a raras ocasiones. Vemos, pues, un paisaje que desde el horizonte baja, con senderos que comunican las pocas y aisladas casas, hasta las nuestras, y no más porque las que frente a ellas forman muralla al otro lado de la carretera nos impiden ver que el descenso continúa, más suave, hasta la marisma. Y esto es todo; salgo de mi casa, cruzo un pequeño prado y ya estoy en la de Javi... Era la suya como la mía, de dos plantas, con la diferencia de que el terreno que ocupaba le permitía tener por la parte de atrás espacio para algunos árboles frutales y nuestra otra vivienda: la caseta. ¿Que qué es la caseta? La caseta era, como tantas otras cosas en aquellos años de infancia, así los Reyes Magos (después hablaré de ellos), una ilusión mientras la construíamos, pues una vez terminada apenas la habitábamos, pues cómo habitar algo que pretendiendo ser casa en miniatura no tendría más de un metro de alto por otros dos de base, techumbre y paredes de tablas y cartones, y con tal cantidad de agujeros que en clima tan desapacible como aquél no impedían al viento y la lluvia entrar cuando llegaban. No, para estos días teníamos su casa, la verdadera, concretamente una habitación donde estaban los *cowboys* e indios con los que escenificábamos batallas en un lejano

oeste producto de nuestra imaginación. Aunque, como acabo de decir, para imaginación la de los Reyes Magos, la de quienes no siendo reales tenían con su facultad de regalar juguetes el poder de que nuestras mentes no pusieran en duda su mágica existencia; es decir, puestos a elegir entre conocer o no la realidad de sus personas nos quedábamos con lo último a fin de no hacer peligrar esa facultad de regalo, por cierto, bien real. Porque las navidades eran esto: juguetes; y los meses previos un ir meditando cómo iba a ser la carta que escribiríamos a quienes nos los iban a traer. Ah qué nervios la noche anterior a su llegada; querer dormir pronto para despertar más pronto y no poder hacerlo por la excitación nerviosa. Era agotador, tanto que al final el cansancio nos vencía y dormíamos.

Fue en este punto, al referir lo dormidos que nos quedábamos, cuando me apercibí de que el tipo, aburrido, también estaba a punto de hacerlo. No lo he dicho, pero es que no habiendo en la habitación más sillas que en la que yo estaba comiendo a la mesa cuando él llegó, era la cama donde se había sentado.

Reanudé la comida, dolido por verme ignorado.

Siempre es así, y, de tanto lo mismo, ya debería aceptarlo. Pero no puedo, es superior a mis fuerzas; me duele que los demás valoren en tan poco mi sentir. Allá, de cuando crío, yo era muy alegre y desenvuelto y estas cosas no me preocupaban...; aunque no, ahora que lo pienso, sí que me preocupaban; lo que ocurre es que de otro modo. De haberme encontrado en la misma situación habría hecho lo imposible para atraer de nuevo su atención, y en cambio ahora lo dejé estar... no mucho, desde luego, porque al dejar de oirme pareció recobrase de su letargo. No me hice esperar.

—Porque sí —continué—, yo de crío era muy alegre. Trasteaba por ese nuestro mundo haciendo toda clase de chiquilladas. Unas veces era un gatito pequeño que encontrado en no recuerdo dónde lo oculté, a falta de mejor sitio hasta volver a casa, en la cartera con los libros de la escuela, y estando en clase empezó a maullar ante el asombro de compañeros y maestro que no sabiendo del

origen lo buscaban, y yo simulando que también pero con la cartera bajo el brazo y el gato maullando dentro, hasta acabar todos detrás de mí con un griterío que me implicaba en la evidencia de lo que no pude ocultar más; otras, el incendio provocado sin quererlo en nuestro deseo de imitar a los indios con sus flechas incendiarias; a veces, negocios no muy legales que digamos, como el de robar fruta para después venderla, llevarle al trapero hierros sustraídos de la vía del tren; y, en fin, muchas cosas más que no creo causarían mucho entusiasmo en quienes coléricos nos perseguían, en ocasiones, no habiendo podido despistarlos durante la persecución, hasta nuestras propias casas donde informaban pormenorizadamente a nuestros padres. Era entonces llegado el momento de la penitencia materializada en días sin poder salir a la calle excepto para ir a la escuela si no estábamos de vacaciones, aunque, claro, el propósito de enmienda tarde o temprano acababa por devolvernos la libertad...; acababa, pues recobrada ésta, desaparecía aquél y vuelta a empezar. Sí; yo, no tanto Javi, era lo que se dice un verdadero diablillo.

A mala hora se me ocurrió, me refiero a equipararme a un diablo. Convencido como estaba de que aquel tipo había venido a verme para indagar sobre mi persona, considerarme diablo, aunque fuera en pasado, no me favorecía en nada. «Donde hubo, algo queda», pensaba que estaría pensando él. No sabía cómo salir del atolladero. Él debió darse cuenta porque le ví sonreír en mi torpeza en seguir comiendo sin que me temblase la mano. Ofuscado, lo dejé todo y me levanté. Necesitaba urgentemente estar solo para meditar sobre lo que estaba sucediendo. ¿Pero a dónde ir? Marcharme a la calle era huir reconociendo mi culpabilidad, y no hay más puertas en la habitación a no ser la del retrete. No lo pensé dos veces.

–Disculpe. Necesito ir al lavabo –dije precipitadamente al tiempo que me introducía en éste y cerraba la puerta tras de mí.

Aquello no era locura, era el corazón desbocado en un furioso palpitar que casi me ahogaba. De tal calibre eran los latidos que los percibía, salvedad hecha

de ser mi propio corazón, en el pecho desde dentro golpeándolo. Me apoyé de espaldas sobre la pared y cerré los ojos. «Calma, calma», mentalmente me aconsejaba expulsando el aire para dejar vacíos mis pulmones. Conseguido esto, contuve la respiración. El corazón, obligado por esta otra necesidad tan perentoria como él para poder vivir, empezó a ceder, y más por mi empeño en seguir sin dejarme respirar hasta tanto no se doblegase a mi voluntad. Al final cedí; no podía ser de otro modo tratándose de yo mismo.

Algo más tranquilo, abrí los ojos. Lo sabía por pasadas experiencias, ahora empezaba la segunda fase: la de amargarme censurándome por lo sucedido, no tan escandalosa como la primera pero requiriendo de un tiempo para superarla, aunque sólo sea por cansancio, del que en esos momentos carecía, pues cómo justificarme ante quien en la habitación aguardaba mi regreso sí lo hacía después de dos o tres días; imposible. Me senté en la taza del wáter en movimiento irreflexivo que hasta me llevó a bajarme los pantalones. Estaba completamente seguro, requería de algo que llevase alcohol para poderme controlar en menos tiempo y la botella del anís estaba fuera, en el armario. Y la idea vino, más irreflexiva sin duda que la de sentarme en la taza, recordándome que más alcohol que el anís lo tiene el de curar, que sí está donde yo estaba. Con ansia lo cogí e ingerí un buen trago. Es difícil de explicar, pero quizás lo más parecido sea decir que fue como beber fuego. Hasta tal punto me hirió que, levantado que me había para poderlo coger, tuve que volverme a sentar obligado por lo que en un principio fue un sudor frío junto a la repentina pérdida de visión y al poco rato retortijones de tripas acompañados de la correspondiente diarrea. Oh, creí morir. Nunca en mi vida me he sentido peor. Tanto era lo que estaba sufriendo que se me olvidó el motivo que me había llevado a infligirme tal castigo.

No sé el tiempo que debió pasar, pero sea el que fuere, como predice el dicho, el suficiente para curarlo todo, y conmigo, aunque sólo en parte, así lo hizo. Tras tirar de la cadena, abrí la puerta y salí.

Al no verlo en la cama, sino de pie junto a la pared por donde yo salía, enseguida columbré que mi estancia en el retrete no había sido tan íntima como yo creía, máxime cuando la desvencijada puerta de acceso tiene alguna que otra rendijita por donde poder mirar guardando discreción. No lo pude remediar. O sea, yo no sólo era constreñido en mi propio hogar por un extraño, ¡sino que encima me espiaba! La ira, recomponiendo mis debilitadas fuerzas, le espetó:

–¡Qué, ¿estará contento?!

El tipo, que en un principio puso cara de no saber a qué me refería, pronto tuvo que rectificarse por lo rojo como la grana que sin duda el ardor en su rostro le advertía se había hecho visible ante mi insistente y seria mirada de sí saber. Fue mi desquite. Ni queriéndolo me hubiera salido mejor. Después de todo lo que llevo dicho resultaba que también él era diablo; si no, a qué tanto avergonzarse. No obstante la satisfacción que me produjo saberlo, no quise manifestar alegría por temor se confiase y volviera a las andadas de quererme dar lecciones de honestidad. Así que me mantuve serio e hice gesto como diciendo: «Pobre diablo.»

«Ya de críos, cuando Javi y yo coincidíamos con ella, yo sentía rabia, indefinible en cuanto a los motivos que la provocaban, pero rabia. Verla y no poderme reprimir de zurrarle la badana, era todo uno. Tantas veces debí hacerlo que su padre se quejó a papá pidiendo explicación. Mira que decirle que porque me gustaba. A Javi sí, que ya por entonces me daba cuenta; ¿pero a mí?» En esta duda me detuve cuando, echado que yo me había en la cama dejándolo a él de pie, de soslayo lo vi mirarme como en acto de pedir disculpas por lo sucedido. Tengo que reconocerlo, aquello fue tan de mi agrado que una benévola sonrisa afloró a mis labios y, dejando a un lado mi temor, me dispuse a permitirle entrar en lo que eran mis pensamientos.

–Digo –dije consecuente al tiempo que me reclinaba sobre el brazo a fin de podernos ver las caras– que ya de críos nos conocíamos (me refiero a ella), y que no sé qué me pasaba que me daba por pegarle, hasta tal punto que su padre

se quejó al mío. Con Javi no era igual; era un sensiblero. Recuerdo un día que estando en la caseta se vino abajo con los tres dentro; pues bien, Javi hizo escudo con su cuerpo para protegerla a ella; quedó bastante magullado, pero aún así sonreía feliz... Aunque, bueno, todavía por entonces era mi mejor amigo; puestos a elegir entre ella y yo se venía conmigo. –Hice pausa. Nada más hecha la elección vi en ella un posible indicio del motivo de la rabia y quise analizarlo.– Porque, vamos a ver, cuando entre dos individuos uno es elegido y otro no, el no elegido siente frustración salvo si quiere tanto al otro que le da lo mismo quién sea el elegido, o, si no hay tal amor, la finalidad de la elección es para algo no deseado por él. En nuestro caso Javi me elegía a mí, por tanto la frustrada era ella al no darse ninguna de las dos salvedades, y, en consecuencia, no debería haber sido yo quien le tuviera rabia, sino al revés. Ahora bien, como las cosas eran como eran, sólo cabe una explicación: que mi subconsciente intuía lo que después se hizo realidad, que Javi se fue con ella. –Hice nueva pausa. Convencido por mi razonamiento creí llegado el momento de recordar el día en que este irse sucedió por primera vez.– Ya no tan críos, el horizonte aquel del que he hablado próximo a nuestras casas había dejado de ser límite de nuestro mundo y era normal que lo traspusiéramos siempre que hacía falta. Concretamente solíamos ir bastante a una cancha de frontón formada con uno de los muros laterales de la iglesia donde la chiquillería del entorno nos debatíamos en febriles juegos de pelota. Aquel año yo había pedido a los Reyes Magos (que ya no eran tan magos al reconocerlos en mis padres) una de profesional y estaba superorgullosa. Recuerdo que habíamos quedado para la tarde desde mi casa ir juntos a la cancha. Sin embargo, llegada la hora no vino. Esperé un rato, pero como seguía sin venir, impaciente crucé el prado y me planté en su casa. Allí estaba, con ella jugando en nuestra habitación de los *cowboys* e indios, no a éstos, sino a lo que al instante me dí cuenta: a médicos. Huelga decir lo que sentí, y más cuando recordándole su compromiso conmigo se negó a venir. –Nueva pausa. No diré como para echarme a llorar, pero sí dolido.– Pues en

cuanto a mí, al sexo, que era algo a mantener muy en secreto por lo sucio, no dejaba se inmiscuyera en mis afectos; simplemente, tal como hoy, le daba gusto en la intimidad de vez en cuando, y basta. Pero con la mujer yo sé que no es lo mismo. En esta cuestión miente más que habla. Le gusta más sojuzgar al hombre que el sexo en sí. Un collar, su cadenita y, hala, a pasear al perrito faldero por ahí, que todos la vean hecha una reina... Pero no, a mí no me engañaba. Por suerte mi producción de testosterona no es tanta como para poderlo hacer y me daba cuenta de sus argucias. Regresé a casa, solo, con la frustración de no ser el elegido; y así estuve, sin quererlo ver, hasta que el propio Javi vino a verme días después pidiéndome volviéramos a lo de antes.

Yo no lo hice: pedirle al tipo que dejara de tocarse la nariz macerando el moco de turno entre los dedos hasta hacerlo bolita que tirar al suelo. Llavaba rato haciéndolo, y, la verdad, me daba asco; pero sensible que soy no sabía cómo decírselo sin herir sus sentimientos. Y como por más que lo pensé no lo supe, al final opté por levantarme de la cama para no verlo; cosa harto difícil de conseguir, como ya he demostrado, en casa de una sola habitación con retrete.

Rogándole se hiciera a un lado, pues de pie junto a la pared del lavabo me obstruía el acceso a éste, entré en él sin molestarme, por lo inútil, en cerrar la puerta. Me miré en el espejo, en primer y superficial reconocimiento; me seguí mirando con más detenimiento en lo blanco de los ojos abriéndome los párpados con los dedos; terminé tras sacar la lengua y verme las papilas gustativas. Bien; después de lo pasado, nada que objetar. Salí de nuevo y cerré la puerta. Y de nuevo lo vi sentado en la cama, deduje, por lo cansado que estaba después del largo rato de su estar de pie, aunque también porque con la puerta abierta no había tenido dificultades de visión.

La comida a medio terminar sobre la mesa, algo de vajilla sucia en la fregadera, la cocinilla de butano grasienta por el freir de huevos, las bolitas de moco que no por haber parado ya de tirarlas dejaban de estar en el suelo..., todo eran

razones suficientes para justificar un trabajo de limpieza, sin olvidar por ello que no estaba solo y se me requería siguiese contando. Me puese manos a la obra.

–Como estaba diciendo, Javi y yo volvimos a lo de antes..., es un decir. Aquello de los médicos fue como el pecado original, que se comete por el simple hecho de asomar la cabeza por el coño de la madre, con la diferencia de que cuando uno nace no tiene memoria, y, en cambio, ya de mayor la tienes para desear revivir los recuerdos felices, que no los malos. De esto tan obvio no me di cuenta en un principio. Estábamos jugando, hablando de nuestras cosas, y de repente Javi se iba, no físicamente, que seguía estando conmigo, sino su espíritu, su atención a lo que estuviéramos haciendo; otras veces, el abandono, el poco interés se mostraba continuo. Fueron meses, quizá más de un año, de progresivo deterioro hasta llegar el fatídico día en que por segunda vez me dejó por ella. No, en esta ocasión mi descubrimiento no fue casual como la primera, pues yo, preocupado por lo que consideraba un empeoramiento de su salud, llevaba tiempo haciendo esfuerzos por averiguar el motivo y poderle curar... Con este propósito le seguí el día en que, por repentinamente encontrarse mal (según sus propias palabras), quiso marcharse a casa. Desde lejos le observo bajar la pendiente, casi corriendo, por entre prados hasta que, para mi extrañeza, se adentra en un maizal. Espero, pensando lo estará cruzando; pero no, pasa el rato y no sale. Bajo yo también, queriendo saber; me adentro, entre cañas y panojas, y los encuentro, como Dios los trajo al mundo, de nuevo jugando a médicos... Creo que ni un terremoto los habría asustado tanto. Pegaron un brinco los dos buscando sus ropas, queriendo taparse ante mi presencia, no sé por qué, porque a mí lo que más me dolió en esos momentos fue ver que para mi amigo, mi mejor amigo, yo ya no era lo más importante, y, por si faltara algo, salir en defensa de ella cuando no pudiendo reprimir mi rabia de siempre la llamé puta –calificativo que repetido casi al unísono, pero a diferencia de mi pausado contar, con colérico grito por el hombre del joven matrimonio que vive en el piso de al lado, me hizo interrumpirme para mejor escuchar. Mucho sé de estas

discusiones, y también de cuando no lo son, por lo delgado del tabique; pero aquélla fue de las que hacen historia. Si para él ella era una puta, para ella él era un cabrón y, lo que es peor, un hijo de puta; si acusaciones las hubo a montones, ninguno quería reconocer su culpa, y, por tanto, el enfrentamiento empeoró hasta el punto de obligarme a no permanecer callado. Lo hice golpeando con la mano el tabique y rogando, por favor, que bajaran la voz, pues tenía visita. Se hizo el silencio, momentáneo, pues al poco sus voces volvieron, aunque con el suficiente sosiego como para no interferirme en lo que hasta poco antes estaba haciendo y contando. Proseguí—: No es que a partir de entonces Javi dejara de ser amigo mío, que siempre lo fue, sino que ya no era el mejor porque entre nosotros estaba ella. Cuando no era porque había quedado con ella, era porque ella no quería que fuera o porque a ella no le gustaría saberlo. Siempre ella. No es de extrañar la aborreciera tanto. —Me contuve en mi aversión. Como ya he dicho, yo estaba convencido de que aquel tipo había venido a indagar sobre mi persona, y sin caer en la cuenta llevaba ya varias veces informando sobre una antipatía que, si bien había acompañado con argumentos que a mi entender la justifican plenamente, pudiera no ser lo mismo para él. Creí prudente justificarme un poco más. ¿Y qué mejor que hacerlo sobre la base de la discusión de la que acabábamos de ser testigos?— Lo acabamos de ver. Cualquiera que los haya oído pensará que esta pareja de al lado se odia tanto que tarde o temprano uno de ellos matará al otro. Y no es así. Yo que sé de ellos doy fe. Lo que ocurre es que el amor tiene a veces eso del hacer llorar, y no porque lo pretenda, sino porque quiere tanto que ve enemigos por todas partes... Ah los celos. Cuando no es por una cosa es por otra... Pero, bien, en lo que estaba: Javi dejó de ser mi mejor amigo. Pasa algún que otro año. ¡Cómo cambia el mundo! Yo ya no voy a la escuela del otro lado de la carretera, y lo hago cogiendo el trolebús al instituto que está a kilómetros de mi casa. Los días siguen siendo de veinticuatro horas, pero el tiempo se ha acortado; de sobrarme antes, ahora me viene justo para los dos viajes de mañana y tarde que, excepto sábados, domingos y demás festivos,

hago al instituto donde más que jugar se estudia una ciencia que requiere de deberes a cumplimentar con horas extra desde casa. No sería apropiado decir por esto, por estar en la adolescencia, que yo lo asumiera como si tal cosa, que no, pues en mi caso siempre la mentalidad ha ido por detrás del cuerpo. Tenía verdaderos problemas con el estudio; no analizaba, no me preguntaba sobre el porqué de esa ciencia. Me ponían (sí, porque eran los demás los que me obligaban) a estudiar, y sólo veía letras, números, cosas extrañas impresas en las páginas de unos libros que pesaban como el plomo. Y venga, poco a poco, a comerte todo eso. ¿Que no lo entiendes?, memorízalo, ¿que tampoco puedes?, ayúdate con la chuleta, que luego tras los exámenes veremos si te aprobamos. Era un verdadero suplicio.

Cansado de mi trabajo, me senté en la silla, la única silla. El tipo desde la cama me miraba, tuve la impresión, apenado por el suplicio.

—No es de extrañar que la alegría de cuando niño me dejase en parte. Me volví más taciturno. Tuve una época en que cualquier tontería me hacía llorar, como cuando al regresar del instituto, en tarde de invierno, anochecido ya, al pasar por delante de la casa de Javi veo luz encendida en la habitación que fue la nuestra de los *cowboys* e indios. No podía remediarlo, era bajar del trolebús haciendo en solitario el corto trayecto a mi casa, que ya me preguntaba si habría luz o no. Si no la había, no pasaba nada; pero si la había, los recuerdos se amontonaban con enorme congoja..., porque (se me ha olvidado decirlo) a diferencia mía Javi estudiaba, por indicación de ella, formación profesional y teníamos horarios distintos. Recuerdo que en mi dolor escribía versos pidiéndole a la muerte se me llevara pronto, cual blanca mariposa prematuramente ajada... La edad del pavo, creo que la llaman. Es una época difícil porque no sabes lo que te pasa pero sabes que pasa, que está ahí, dentro de ti. En mi caso no sé lo que duró porque, ya digo, como mal estudiante que era me obligaban a añadir a las horas de estudio habidas durante el curso las del verano por los suspensos cosechados,

y (es pura matemática) quedaban menos para haciendo lo que me viniera en gana restablecerme en mi anterior estado.

Me levanté de nuevo a fin de terminar el poco trabajo que restaba.

–En estas menos horas, dependía del momento del año el tipo de diversión. ¿Que eran de un día de otoño desapacible y lluvioso?, pues me iba a un bar cercano a jugar al fútbolín, o, si había película que me gustase y dinero con el que poder pagar la entrada, al cine; ¿que lo eran de cuando las competiciones deportivas?, pues formando parte del equipo; ¿que eran de verano y calurosas?, pues a la piscina; ¿que no se sabe muy bien del día que eran?, pues por ahí a desahogarme con los amigotes... –haciendo alguna que otra gamberrada, a punto estuve de decir cuando acordándome del diablo que tan mal rato me había hecho pasar lo retuve en mi mente– por las muchas horas sufridas aprendiendo a ser un hombre de provecho para el día de mañana. La juventud tiene esto, como el doctor Jekyll y mister Hyde pasa del bien al mal con suma facilidad. Ves a los mismos mozalbetes, por ejemplo, durante días y días pasando junto a la farola que les coge –me mantuve al margen usando de la tercera persona del verbo– de camino dejándola estar, y un buen día van y, porque entre ellos se incitan a ver quién se atreve o porque una de las piedras que se estaban tirando se ha desviado, la hacen añicos; otros ejemplos pueden ser el uso de mil y una artimañas para conseguir de la máquina tragaperras deseada su servicio sin la correspondiente moneda; otros, en fin, el divertimento del mal por el mal, como encaminar al pobre ciego que ha requerido su ayuda por un camino que se promete libre estando un árbol por medio... Sí, los jóvenes tienen estas cosas; y que no me digan que las chicas no tanto, porque no es verdad. Lo que ocurre es que ellas saben nadar y guardar la ropa; incitan manteniéndose al margen. Yo la sabía allí cuando iba a la piscina, a veces con Javi, otras no, pero siempre incitando con sus minúsculos trajes de baño. Le gustaba sentirse admirada; y por este gusto los chicos hacían lo que hiciera falta. Me daba cuenta que mi ex mejor

amigo estaba a punto de caer en sus redes, que sólo con un noviazgo declarado conseguiría contener la avalancha de tanto competidor.

Terminé por fin. No es que la habitación hubiese cambiado mucho, que seguía igual de destartalada, pero al menos se veía limpia.

Entonces no caí en la cuenta, pero ahora comprendo que fue un error invitar al tipo a una copita de anís. Me explico: De haber continuado como hasta este momento es muy probable que su hartazgo de oirme hubiese llegado al extremo de quererse marchar dejándome con la palabra en la boca, pero al yo darle el anís, la ingestión de sus casi cuarenta grados de alcohol le supuso recobrar las fuerzas y poder seguir al pie del cañón. Yo no lo hice, me refiero a tomarme el anís, en primer lugar porque mi estado emocional era lo suficientemente estable como para no requerirlo, y en segundo porque después de lo pasado con el alcohol de curar temí pudiera afectar a mi resentido estómago. En consecuencia, no fue uno sino dos los vasos de anís que, a falta de copitas, el tipo se echó al colete: el suyo y el mío.

Ignorante del error que acababa de cometer, yo empecé a reír de verlo a él reír por lo que ambos sabíamos era producto del licor bebido, aunque, como ya digo, ahora comprendo que en su alegría también estaba el hecho de saberse recuperado de su anterior estado emocional.

Con esta camaradería, digamos en parte etílica, confraternizamos hasta el punto de tutearnos y proponerme él jugar una partida de ajedrez mientras le seguía contando acerca de mis recuerdos. El tablero estaba a la vista sobre el armario que hay a los pies de la cama y debió pensar que yo era un entusiasta de este juego cuando la realidad es que poco sé de sus complicados movimientos. Así se lo dije justificando la presencia de los instrumentos con que poder practicarlo a la suerte en una rifa, pero él insistió en jugar al menos una partida. Me pareció creer que no me creía.

Cedí dejando al tiempo lo dijera.

Insistiendo en que no se levantase por lo que yo consideraba era única causa de su risa, acerqué la mesa a la cama y, tras coger los mencionados instrumentos, también la silla. Fue él quien dispuso el orden de las piezas para la batalla; fue él quien me dio en suerte (no quiero pensar mal) las negras.

–Es algo que me saca de mis casillas –admití al tiempo que me sentaba y respondía a su apertura del juego moviendo uno de los peones centrales dos casillas hacia adelante–, que te lleven por donde no quieres y encima pretendan hacer ver que es por propia voluntad que lo haces. Estoy hablando del noviazgo de Javi –orienté a mi contrincante–. Decir que él se declaró así porque sí es mentir. Lo hizo por no quedarle más remedio, porque ella con sus actos le estaba diciendo (muy sutilmente, por supuesto) que de no hacerlo se iría con otro. Ahora bien, no se lo preguntes a ella, que de poderlo hacer diría que nanay, que fue él quien se empeñó. ¡Hipócrita! –El tipo que en ese momento se disponía a mover caballo como respuesta a mi anterior movimiento, dejó de reír a la vez que me miraba sorprendido. Comprendí que mi insulto le afectaba por creerse destinatario. Me apresuré a rectificarle–: Ella, me refiero a ellas. Las mujeres se creen que todos los hombres tenemos el cerebro en la punta del pene y nos tratan por igual. Conmigo se tenía que haber topado. Me viene con ésas y la mando al carajo. –Callé. Él debió pensar que era porque estaba meditando sobre la jugada a efectuar, pero no es así. Fue porque en ese mandar al carajo vi la causa de la soledad que me acompaña desde hace años... Moví pieza.– No soporto el amor interesado, que te digan: sí pero, y en este pero se pongan las condiciones. ¿Por qué con las mujeres no puede ser lo mismo que entre hombres?; ¿por qué ha de haber siempre un precio de por medio? Luego hablan de igualdad. Y qué más quisiera yo que así fuera. Sería como tener una vaca de la que sólo tienes que preocuparte de ordeñarla de vez en cuando en beneficio mutuo: de ella porque le descansan las ubres, y tuyo porque te desayunas con un buen tazón de leche. Pero no, esto no interesa; aquí de lo que se trata es de que sea la que sea la baraja con la que juguemos siempre sea yo (en este caso, ella)

el que tenga los triunfos. ¿Que la baraja es la de la vaca?, me ordeñas y se acabó; ¿que es la del ordeñador?, me das la leche y que te ordeñe otro... Javi no pensaba igual, pero es porque a él le gustaba ser buey, no ordeñador; buey de los que tiran del carro con ella encima dando algún que otro latigazo... Ya son novios, formalmente declarados, formalidad en la que, por supuesto, yo no fui consultado. Van siempre muy cogidos de la mano. Él, un mocoso que apenas tiene edad para afeitarse, adoptando pose de hombre serio y consecuente; y ella..., ella se mueve en una gama de apariencias (digo bien: apariencias) que van desde niña ingenua y angelical hasta mujer no tan joven. En esto la cosmética ayuda mucho: un poco que quito o pongo por aquí, otro poquito por allá, y, ¡voilà!, me transformo en lo que quiero, hasta incluso, si hace falta, en vampiresa...; aunque no, sería exagerar. En esta época a lo más que llegó fue a lo dicho de los trajes de baño, y ello por el nada censurable motivo (según el parecer de muchas madres que viendo la buena pareja que hacían deseaban lo mismo para sus hijas) de atrapar a Javi. Pobre; a pesar de todo, a pesar de verlo tan feliz, me daba pena –la misma que me dió cuando habiéndole dejado uno de mis peones al alcance de su alfil, aparentemente sin peligro para él, voraz se lanzó a comérmelo, pobre, dejando éste a mi disposición. Sin dudarlo se lo comí a mi vez.– Porque, como digo, Javi hizo lo que hizo por no quedarle más remedio, porque su felicidad era ella y haberla perdido le hubiera supuesto adelantar su muerte en tantos años como los que median hasta que inevitablemente ocurrió, pues si bien esta inevitabilidad acompaña a todo bicho viviente, no caba duda de que hay situaciones que la hacen menos evitable. Esto es lo que, de haberme consultado, le hubiera dicho. Que se andase con ojo, que nadie da algo por nada, y menos ellas; que tarde o temprano tanta felicidad habría que pagarla. –El tipo, molesto que se había quedado tras mi comerme su alfil, hizo gesto de comprender.– Mientras, yo seguí yendo al instituto, año tras año; fue un lento aprendizaje hasta que, a trancas y barrancas, conseguí superar la totalidad de los estudios que se impartían en sus aulas. Ya era todo un jovenzuelo con mi título de Don,

y, sin embargo, tiempo les faltó a las madres que deseaban un Javi para sus hijas en hacerme ver lo poco que yo tenía de hombre de provecho. Todo eran comparaciones odiosas con mi mejor amigo de antaño: Que si él ya estaba en nómina en la siderurgia del otro lado de la carretera, que si pronto se casaría con ella, que si patatín que si patatán. Tengo que reconocerlo, aquello me supuso tal pérdida de autoestima que a punto estuve de echarme, también yo, una novia. Pero no, me quedé sólo en el punto; yo no estaba hecho para esas cosas. Recuerdo que si en alguna ocasión mis esfuerzos llegaron hasta el extremo de haber podido jugar a médicos, mi frenar en seco dejó al médico sin trabajo; y todo por el temor a lo dicho de la factura que habría de pagar aun habiendo sido yo el médico. Pues de lo que nunca nadie podrá acusarme es de no ser cumplidor con mis compromisos, aunque, como el caso que nos ocupa, no sean muy legales que digamos –ilegalidad a la que hice mención pensando en el médico al que se cobra por su trabajo, pero no en lo delictivo de mi comportamiento. Al hacerme presente éste, levanté la vista del tablero y escrutador me fijé en él. Absorto en el diseño de su jugada no parecía haberse percatado de ninguna ilegalidad.– En fin, lo dejé estar (me refiero a lo de las madres). Sabía que en sus críticas había mucho de razones interesadas... Sí, el suyo fue un matrimonio largamente planificado. A falta de mejor vivienda optaron por la casa de Javi, donde los padres de éste pasarían a vivir en la planta baja y ella con él en la segunda; de este modo, aun siendo una la familia, habría la suficiente separación como para no verse constreñidos en sus deberes conyugales. No creo exagerar si digo que fue próximo al año lo que nos llevó (sí, nos llevó, porque fuimos Javi y yo quienes trabajamos rememorando los viejos tiempos de la caseta) hacer de la casa la nueva que ella quería. Cayeron tabiques, sacamos escombros, levantamos otras paredes, y al final la casa en su distribución interior quedó tan cambiada que parecía otra; no así las relaciones entre nosotros tres que continuaron siendo las mismas de hacía años, es decir: él preferiéndola a ella, yo preferiéndolo a él, y ella... No sé; es difícil saberlo. En aquellos momentos Javi era

macho ya domado, y en cambio yo lo seguía siendo en estado salvaje, lo mismo que cuando de crío le zurraba la badana, si bien ahora con el comedimiento de la inocencia perdida. Tal vez sea morbo decirlo, pero pienso era como el torero que se debate entre la elección de un toro bravo u otro manso. Con el primero se corre el riesgo de ser corneado, pero también por esto las posibilidades de gloria son mayores; con el segundo no hay peligro, y a falta de éste tampoco mérito de la faena que se haga con él. De este quererme y no quererme me daba cuenta en su forma de mirarme, en su decirme sin decir: sí pero no. Sí por su instinto de mujer que la llevaba a desear domarme, y no porque teniendo a Javi a punto de hacerlo su marido, no estaba dispuesta a asumir el riesgo que toda doma lleva consigo. Yo en todo esto, la verdad, me sentía alagado como toro bravo que levanta pasiones en cuantos lo ven, pero como no animal que soy pienso y veía la razón oculta de esa pasión, que no es otra que la del torero que ama al toro sólo en la medida que sirve a sus intereses, y, en consecuencia, me mantenía apartado de ella. Oh, pero qué difícil me lo puso cuando por iniciativa de ella Javi me pidió que fuera su padrino de boda. Naturalmente, de ella; pues Javi llevaba por madrina a su propia madre. —Comprendiendo que mi explicación se quedaba coja en cuanto a padres del otro sexo, creí conveniente informar sobre el paradero de quien debiera haber ocupado mi puesto de padrino—: Porque se dice, y yo lo creo, que si se quedó tan joven huérfana de padre fue por culpa de la madre, que no paraba de exigirle más de lo que pudo dar... Así que ahí me tienes en la iglesia donde de críos jugábamos al frontón, cogida ella de mi brazo, haciendo camino hacia el altar al compás de la marcha nupcial. Algunos despistados, creyéndome el novio, pedían por lo bajinis explicación de lo contrario que es al protocolo estar donde yo estaba. ¿Pero dónde estaba yo? Por supuesto que corporalmente haciendo de padrino, pero ¿y en cuanto a sentimientos? Me es imposible decirlo. Era una confusa mezcla de pena por el amigo que llevaban al matadero, de rabia hacia ella y él por dejarme solo, de gusto por verme considerado por algunos novio... porque —me violenté en decirlo— aquel día estaba

terriblemente hermosa. –Sí, y lo repito: terriblemente hermosa; y como no miento, no me importó ni me importa decir que sentí celos de Javi al oír el sí quiero de ella.– Era tanto el dolor que después, ya casados, durante el ágape me emborraché. No sé las tonterías que hice y dije, pero sí que desde entonces todos me recuerdan este día para dudar de la veracidad de mis afirmaciones.

Fue en este momento cuando llamaron a la puerta. Enfrascados que los dos estábamos en el juego y en mi contar, nos miramos sobresaltados (mucho más él que yo) tal preguntándonos quién podía ser. Haciéndole gesto de que no hablase me levanté lento en movimientos y me acerqué a la puerta donde con sigilo quise ver a través de la mirilla. No hizo falta porque una carta deslizándose hasta mis pies me reveló que era el cartero. Dejándole se fuera sin advertir de mi presencia, cogí ésta. La abrí: Era otra de tantas donde se me amenazaba con embargarme caso de no pagar.

Este hecho sería indigno de mención si no fuera por lo del sobresalto. Hasta mi nivel es normal que sucediera por la brusca interrupción que la llamada provocó en lo muy absortos que estábamos en lo que hacíamos, pero más allá sólo se explica cuando existen cargos de conciencia, o sea, motivos para sentirse culpable. Ya he dicho que como diablo que lo sabía a él también, ninguno de los dos estaba autorizado para juzgar, pero en este caso no se trataba de juzgar sino de sobrevivir como tal diablo, y, en consecuencia, urgía saber sobre sus verdaderas intenciones. Ahora bien, ¿cómo obligarle a que me las dijera? A falta de argumento opté por lo que siempre hago en estos casos: no hablar. Y tras guardarme la carta en el bolsillo, me senté de nuevo.

En nuestro silencio (claramente en mi caso sin relación con el juego ya que no era a mí a quien tocaba mover pieza) me daba cuenta que el tipo más que pensar sobre la jugada a efectuar cavilaba sobre lo sucedido, concretamente en lo que respecta a la carta, pues estaba a la vista que era el cartero quien había llamado; al tiempo, yo le miraba como sabiendo de algo que él no sabía o, como mucho, dudaba sobre si sería en lo que pensaba. No quise insistir más cuando

acalorado cogió la botella del anís, que yo antes había dejado en el suelo a su lado, y bebiendo a morro traspuso parte de su contenido justificándose en el calor que hacía. Estaba claro que no quería decir la verdad, pues por todos es bien sabido que las bebidas alcohólicas son contrarias al frío, pero no al calor.

Bastante ofendido por su negativa a hablar, máxime cuando le creía confraternizado conmigo, consideré que si yo continuaba también sin hacerlo sería imposible llegar a saber. Consecuente, retomé mis recuerdos.

–Como le estaba diciendo –dije, y lo repetí para dejar en claro que se había acabado eso del tutearnos–, desde aquel día en que yo me emborraché nadie cree en mi imparcialidad respecto a Javi y ella; se me considera demasiado involucrado como para no mentir –y cogiendo de entre sus manos la botella del anís la puse en el suelo a mi lado.– Pero bueno, no hay por qué preocuparse; ya somos bastante mayorcitos como para poder sacar nuestras propias conclusiones... Me quedé solo; Javi y ella se fueron de viaje de novios. Nada, sólo unas semanas... que se me hicieron eternas. Yo, que desde que había terminado mis estudios en el instituto no había hecho otra cosa que holgazanear (a no ser que se considere trabajo el intentar echarse una novia), me planteé seriamente en esos días qué hacer con mi vida. Aunque parezca extraño, o quizás por mi estado depresivo de aquellos momentos, los años pasados junto a los libros se me antojaban no tan malos, no tanto como para importarme seguir estudiando. ¿Pero el qué? Aquí estaba el problema, que no sabía nada acerca de mi vocación, de aquello que me gustaría hacer en el futuro. Bueno, algo sí sabía, y era que no quería acabar como Javi: trabajando en una siderurgia y sin libertad para hacer lo que me viniera en gana, cuestión esta que, como ya he dicho, me hizo quedarme en el punto en lo que respecta a la novia. Así es que, después de mucho meditarlo, decidí que lo mejor sería matricularme en filosofía mientras averiguaba mi verdadera vocación, pues resultase ésta la que resultase siempre lo estudiado me sería de utilidad siendo la filosofía ciencia de tan vasto campo de aplicación... De nuevo cojo el trolebús, pero ahora yendo a la universidad, y

cuando regreso y paso por delante de la casa de Javi, sé que están ahí, que han regresado de su viaje de novios. Ya me vé: por la edad que tengo se dará cuenta que hablo de hace no más de doce o trece años. –Antes de continuar creí conveniente hacer un alto. Ahora me tocaba a mí mover pieza y el juego se había complicado bastante. Excepto el alfil y un peón, todas las piezas seguían pendientes de comer, pero en posiciones tan diferentes a las de partida que se hacía muy difícil diseñar estrategia donde comer sin ser comido. Pensé mucho, deseché otro tanto, y al final me decidí por un caballo que revolviéndose sobre sí mismo dejó las cosas más complicadas de lo que estaban.– Ya desde nada más bajar del tren en su regreso del viaje, pude darme cuenta (ido que yo había a la estación a recibirlos) de algo así como una metamorfosis, de algo que ha cambiado y que aunque no sé muy bien qué es la hace distinta. Vestía muy deportiva, sin una brizna de cosmética en la cara; alegre y parlanchina. No así Javi que apenas se reprimía en su malhumor alegando que estaba cansado y daba prisas por llegar a casa. Durante el trayecto, en mi no saber muy bien, ella me hablaba de los sitios en que habían estado, de la gente conocida, de mil y una historias, hasta que, cuando por fin llegamos, y mientras los padres alborozados abrazaban al hijo, percibí en su mirada, en el beso en la mejilla que aun siendo de despedida nunca antes me había dado, un decirme claramente: sí. Por esto, porque me ha dicho sí, no tengo ningún reparo de hacer un alto cuando de regreso de la universidad paso por delante de su casa. Llamo; no contestan. Insisto. Y aparece ella asomándose por una de las ventanas de la segunda planta preguntando quién es. No hizo falta que se lo dijera porque al verme bajó corriendo a abrir la puerta. No, no crea que aquello fue echarnos en brazos el uno del otro; los dos sabíamos muy bien que entre nosotros estaba Javi... Estaba sola. Me hizo pasar. La seguí por el interior de la casa hasta el dormitorio de matrimonio, no por inconfesables razones, sino simplemente porque era ahí donde estaba haciendo la limpieza cuando yo llegué. Me contaba cosas, tal como cuando regresó del viaje, y en esto, al deshacer la cama para volverla a hacer, de

repente calla. Me fijo más en ella, y aunque intenta que no vea, veo que está llorando. No sé qué pensará usted –le requerí al tipo por si había cambiado de opinión respecto al no hablar–, pero en mi caso la sorpresa me dejó sin pensamiento. Yo, que aunque metamorfoseada la creía feliz en su matrimonio, descubro que, si lo sigue siendo, no es como antes. Y pasan los minutos, y como ve que no hago ni digo nada, tan de repente como empezó, deja de llorar y vuelve a contarme cosas. –Callado que él seguía, creí conveniente explicarme más por si había cambiado de opinión respecto a mí.– Porque lo que ella no supo es que durante esos minutos recobré el pensamiento, la fortaleza de ánimo, que de un inicial deseo de haberla querido abrazar para consolarla y preguntarle por los motivos, pasé a acordarme de con quien me la estaba jugando y de la factura que habría de pagar caso de hacer realidad mis fantasías. Y que nadie diga que son prejuicios lo que sé que no lo es –sentencié. No obstante, comprendo lo difícil que a veces se nos hace creer en lo que no sentimos por nosotros mismos, y como lo comprendí hice esfuerzos para convencerle de la falsedad de aquellas lágrimas–: El sufrimiento es algo muy personal. Por esto no niego que una misma situación puede hacer a unos llorar y a otros no. Ahora bien, lo que sí niego es que se requiera la presencia de espectadores para ponerlo de manifiesto, pues a qué tanto interés de ser visto sino para sacar provecho de ello. Dudo que si el afligido supiera de antemano que de ser visto en su aflicción sufriría más, se dejara ver... Al poco llegó Javi, vestido con su mono de trabajo en la siderurgia. Aquél fue un recibimiento de no te menees. Se le echó ella al cuello con tal avidez de caricias y besos que el otro, entre avergonzado y feliz, me miraba como no comprendiendo. Yo, cabizbajo, sonreía haciendo esfuerzos por no descubrirme, por no darle gusto a la zorra de ella de verme muerto de celos –dije sin poderme reprimir; me salió como cuando he hecho mención a la boda: con la sinceridad de lo espontáneo... Qué me importa lo que pueda ocurrirme. A largo plazo la verdad siempre triunfa.– Me fui. Como siempre solo; como siempre en que ella hubiera estado de por medio, profundamente dolido en mi amor propio;

como siempre, también, desahogándome en mi intimidad... Pero la vida sigue; el tiempo se encarga de limar asperezas, sobre todo cuando sólo un pequeño prado separa dos casas. Era raro el día en que no la veía, si no saliendo o volviendo a su casa, en ésta asomándose por el balcón o alguna ventana o trajinando entre árboles frutales en la parte de atrás, (¿por qué he de ocultarlo?) porque yo ponía también de mi parte por verla. En mi caso era como esos locos amantes del riesgo; saben lo destructivo que éste puede llegar a ser, pero cuando no lo tienen lo buscan, y cuando lo encuentran disfrutan no dejándose atrapar. Así yo con ella: Cuando la tenía cerca sabía del peligro, pero una vez me separaba, la añoraba. Con su marido no era lo mismo, era lo que se dice un buen padre de familia, me refiero en cuanto a hogareño, pues en cuanto a padre el tiempo pasaba y no había manera de que el óvulo atrapase a alguno de sus espermatozoides. Y lo que ocurre: la gente empezó a decir que era porque no los tenía, porque siendo ella tan real hembra era imposible que no hubiera óvulo. Imagínese lo que supone para un hombre que encima tiene vocación de padre decirle que carece de espermatozoides; es el acabose. Pobre; si de novio me daba pena por verlo tan joven presumiendo de hombre hecho y derecho, ahora, ya mayor, me dio más cuando el urólogo le dijo que era cierto, que como padre no adoptivo no tenía nada que hacer. A raíz de este dictamen médico, yo dejé de creer para tener evidencia de que el amor entre ellos no era el de antes de casarse. De ser Javi el hombre al que cogido ella de su brazo se estiraba cual gallo de pelea, pasó a ir como encogido en ese coger, como deseando no estar donde por imperativo legal le correspondía estar, y todo esto sin que la acompañante hiciera lo más mínimo por ayudarle, pues seguía con su gusto por todo aquello que pudiera incitar al sexo opuesto... Fue en un casual encuentro en el trolebús; yo volviendo de la universidad, ella no sé. Tan incitante la sentí que fueron varias las veces en que hube de ayudarme, discretamente con la mano desde el bolsillo del pantalón, en orientar el miembro hacia sitios que no lo hicieran tan visible. Seria, y a media voz para hacer secreta su confesión a

demás viajeros, me hablaba de la desgracia que para su vocación de madre suponía el que Javi fuera estéril (y me miraba), porque si para una mujer es importante el casorio lo es más que nada por los hijos, pues bien les gustaría a ellas no tener que soportar a tanto hombre idiota como hay por el mundo (y me miraba otra vez). Yo, preocupado como estaba por lo del miembro, no sabía qué decir y callaba. No tuve la menor duda de su enfado cuando nada más bajar del trolebús me dió la espalda sin ni siquiera decirme adiós. Pero, y qué quería que hubiera hecho. ¿Haber fijado cita para darle unos cuantos de mis espermatozoides? Y cómo justificarnos después ante quien no teniéndolos era imposible que hubiera podido engendrar. Además, que de haber sido esto posible, tampoco yo estaba dispuesto a hacerle esta mala jugada a quien seguía siendo amigo mío –mala jugada que el tipo sí estuvo dispuesto a hacerme, pues como yo antes con mi peón su alfil, así ahora él me dio también peón a cambio de uno de mis caballos. Aunque no gustándome, hube de aceptar que era justo y no dije nada. Tras meditar largamente sobre mi siguiente jugada, moví pieza y proseguí: Poco me lo agradeció Javi; aunque lo justifico por lo razonable de su excitación nerviosa. No se puede pedir tranquilidad cuando son demasiadas las bromas acerca de si quieren que le ayuden a dejar embarazada a su mujer. Por supuesto que yo no estaba entre quienes se las hacían, pero como hombres que eran éstos en su totalidad y hombre que soy yo, nos equiparaba en cuanto a envidiosos que con sumo agrado veríamos su muerte. El día en que me lo soltó de sopetón, me sentí tan dolido que hube de recordarle que fue él quien me dejó por ella, y no al revés. Ante semejante evidencia no le quedó más remedio que callarse, y, aunque me lo negara, sé que arrepentido por no haberme consultado en su momento en lo referente al establecimiento de formalidad en su relación con ella; porque llegamos aquí a la pregunta de siempre: ¿De quién fue la culpa? A lo que yo respondo sin ningún género de dudas: De ella. Y si no me cree vaya y pregúnteselo a su madre, a la de Javi. Usted no sabe cómo chillaba acusándola a ella el día en que encontraron muerto a su hijo, en uno de los árboles frutales,

ahorcado. Nadie, ni siquiera la policía –mención esta de profesión que al no producir ningún efecto de simpatía por identidad en quien, como he dicho en un principio, lo creía tal o periodista, me llevó a eliminarla de mi creencia–, pudo negar que no se tratara de un suicidio, y, sin embargo, la madre no paraba de implicar a la nuera en lo ocurrido. ¿Por qué? –No quise perder el tiempo respondiendo a lo que si él estaba interesado ya le había dicho a quien acudir.– Pobre amigo mío. Como cuando de críos, allí estábamos los tres, en la habitación que fue de los *cowboys* e indios y, a raíz de nuestra reforma, dormitorio conyugal, esperando a que llegaran los de la funeraria. Él sobre la cama con el mismo traje que vistió en su boda; yo, estudiante de filosofía que seguía siendo, meditando sobre la fugacidad de la vida; y ella..., ella gimoteaba preguntando a quien muerto no podía responder que por qué le había hecho esa mala jugada, que quién cuidaría de ella ahora. No fueron, desde luego, sus padres políticos. Malquistados como estaban con ella, no dejaron ni transcurrir una semana desde el entierro del hijo que la pusieron de patitas en la calle, sin que pudiese alegar nada, pues la casa era de su propiedad; me refiero de los padres.

Hasta aquí, como se ve, mi recordar abarcó el periodo de tiempo en el que la presencia de Javi mantuvo mi relación con ella fuera de la ley; quiero decir que siendo mi amigo quien formaliza su relación con ella como primero novio y después marido, yo me mantengo, al no serles permitida a las mujeres la polian-dria, fuera de esa formalidad, y, por tanto, sin posibilidad de infringir una ley a la que no estoy sujeto. Ahora bien, en lo que restaba de mi recordar yo sabía que, débil, me dejé introducir en la ley, y, en consecuencia, de lo que dijera podrían sacarse conclusiones que, aunque no totalmente compartidas por mí, me llevaran ante los tribunales. Prudente me callé y, mientras el tipo meditaba sobre su jugada, me puse a pasear por la habitación, a mirar de vez en cuando por la ventada las ventanas vecinas del patio de luces.

Acabo de decir que después de la mención que hice de que ni siquiera la policía pudo negar que lo de Javi no fuera un suicidio, consideré que sólo

quedaba la de periodista como profesión lo suficientemente cotilla como para querer saber sobre mi persona, y anteriormente he dicho también que las subidas de temperatura corporal del presunto periodista ante mis silencios de saber más de lo que él sabía, me hicieron ver que no era muy trigo limpio que digamos. Eran éstas, por tanto, circunstancias que como integrantes de las genéricas que acompañan al yo en el dicho filosófico de «yo y mis circunstancias», debería tener más en cuenta a partir de ahora si quería hacer inviable la posibilidad manifestada de mi comparecencia ante los tribunales, aun sabiendo que a largo plazo la verdad siempre triunfa. En base a este razonamiento me estrujaba los sesos intentando diseñar una estrategia de actuación para lo que restaba de mi recordar, pero, al igual que ocurre con el ajedrez, se me hacía muy difícil por no conocer de antemano las reacciones de mi contrincante a lo que yo pudiera contarle. Pensé mucho, deseché otro tanto, y al final la alegre advertencia del tipo de que acababa de comérseme el otro caballo me hizo volver a la realidad.

Me senté otra vez, tengo que reconocerlo: indignado por el abuso que suponía haberseme comido mientras paseaba distraído en mis elucubraciones. Tras hacerme cargo de la nueva situación y mover pieza, decidí que lo mejor sería dejarme de tantas complicaciones y seguir contando hasta el final. Sólo así podría llegar a saber sin ningún género de dudas.

—Por este tiempo mis padres aún vivían...; oh, y cómo los echo a faltar aún hoy en día, porque no hay amor más grande que el de los padres. En mi caso fueron la comprensión, el cariño que nunca faltaba aunque lo hicieran otros, tuvieran o no estos últimos razones para no quererme, ya se tratase, por ejemplo, de los perjudicados por mis travesuras de crío o de Javi y ella prefiriéndose el uno al otro en vez de a mí. La tristeza siempre encontró en su amor un bálsamo para curarla... hasta que murieron. Primero fue mi madre, y al poco mi padre. Sólo quienes tengan una personalidad enfermiza podrán comprenderme, podrán saber lo que es el dolor buscándose a sí mismo para hacerse más dolor, en el cementerio, paseando entre tumbas, horas y horas, hasta que el sepulturero me

avisaba de que debía irme, que iban a cerrar; y entonces regresaba, haciendo más tristeza por la compañía que dejaba atrás, viendo en el declinar del sol las tinieblas de la noche para cuando llegara a casa. Y llegar a ésta, abrir la puerta, y saber que no hay nadie esperando dentro... En estas condiciones no es de extrañar que me acordara de ella, de quien aun sabiéndola peligrosa confiaba en que hubiera cambiado en su gusto por incitar, o, de no ser así, al menos me siguiese suspirando como padre de sus hijos; sí: de sus hijos, pues yo, al igual ayer que hoy, no me considero tan perfecto como para desear que mis hijos se me parezcan... Desde que la echaron los padres de Javi, no sabía nada de ella, y habían transcurrido más de dos años. Tuve que preguntar mucho antes de dar con su paradero. Vivía con su madre kilómetros en dirección contraria de donde la carretera daba la vuelta, concretamente donde el instituto, la universidad, donde las casas y bloques de viviendas son tantos y tan cerca unos de otros que han hecho del verde campo una ciudad, más o menos como ésta la nuestra. El día en que me decidí ir a verla recuerdo que estaba muy nervioso, tanto que hube de ayudarme con una copita de anís –hice pública esta mi necesidad sin ningún tipo de reparo, pues lo sabía a él igual de dependiente-. Era su piso de protección oficial, por supuestísimo que mucho peor que la casa que había conocido como esposa de Javi, o por semejanza la mía. Al verme me reconoció enseguida, y en la suave sonrisa con que lo hizo quise adivinar que no me guardaba rencor, que algo quedaba de aquel suspirar por mi persona. Después de tantos meses de un continuo sufrimiento, aquello fue para mí como el rasgarse de las nubes tras la tormenta, como el ver un rayo de luz que me otorga esperanza de cara al futuro. Yo sé que ella se dio cuenta, a pesar de que nada le dije del motivo de mi visita. Hablamos, eso sí, de los tiempos pasados, de cómo nos iban las cosas, que en mi caso era que no hacía nada, ni siquiera estudiar, porque mis padres (a pregunta de ella interesándose por el origen del dinero que como cualquier mortal a buen seguro necesitaría para vivir), aunque no lo pareciera, tenían el riñón bien cubierto y me lo dejaron todo. –El tipo, que en

ese momento estaba disponiéndose a mover pieza, se contuvo y miró en derredor como buscando la herencia que no veía. Hube de advertirle que esperara, que ya vería.— Nos despedimos prometiéndonos volvernos a ver. En honor de la verdad he de decir que en este nuestro primer reencuentro la encontré algo desmejorada, aunque no me importó, pues lo consideraba pérdida de su gusto por incitar, de obligarme a competir por ella. Así, sin prisas (por no requerirlo la competencia ni ser yo hombre al que le guste la velocidad), hice de nuestro compromiso de volvernos a ver un vernos cuando me apetecía, y digo me apetecía no por ningún tipo de discriminación, sino simplemente porque era yo el que iba a verla, y no al revés. Pasaba (ya fuera con o sin casualidad) por delante de su casa y llamaba: Que estaba, subía a verla; que no, lo dejaba para otra ocasión. Fue este un período muy grato para mí, un período donde recobré (salvedad hecha de lo enfermizo de mi personalidad) el equilibrio emocional que había tenido en vida de mis padres... Pero, como ya he dicho, yo sé que ella se dio cuenta de que la necesitaba, aunque también sé que nunca comprendió mi forma de necesitarla. Acostumbrada como estaba desde pequeña a ver en el hombre un semental, nos trató siempre como a animales a los que la hembra puede dominar exclusivamente a través del coño en beneficio propio, beneficio en el que residía el placer que el sexo le reportaba; es decir, no era el pene en sí lo que la producía placer, sino el hecho de doblegarlo a su voluntad, de sentirlo necesitado de ella. Por esto en mi caso, aunque sé que nunca me comprendió, también sé que no por ello dejó de sentir placer sexual... Empezó no estando en casa tan habitualmente como antes estaba, hasta que, viéndome seguir en el mismo plan de siempre, dejó de estar totalmente. No diré que yo no me daba cuenta de lo que sucedía, que sí me di cuenta desde casi nada más empezar a no estar, lo que ocurre es que temía, de perderla a ella, volver a lo de la muerte de mis padres, y así como en vida de éstos sus artimañas no tuvieron nada que hacer, ahora sí que me hicieron esperar durante días enteros frente a su casa hasta que de nuevo nos vimos, saliendo ella de ésta, de donde poco antes su

madre me había dicho que no estaba. Ante la evidencia de la mentira no tuvo más remedio que confesar, me refiero a la no permanente ausencia de su casa, pues en cuanto al motivo de la mentira siguió mintiendo. Según ella era porque, aunque bien le gustaría poder seguir viéndonos sin ningún compromiso por parte de los dos, la gente es como es y no permite a las mujeres lo que a cualquier hombre, no permiso que, a mi requerimiento de que concretase al respecto, resultó ser lo del casorio. Oírsele decir no me dió rabia, que ya me la había dado y mucho cuando empezó a poner trabas a mis visitas, sino que hasta incluso me hizo gracia por lo que de esperado tenía. Le hablé entonces del amor, de que yo quería ser para ella más que un marido, quería que fuéramos compañeros, amigos del alma donde poder descansar de tanta mentira como hay por el mundo (y no me miraba), porque todo en este mundo tiene su precio excepto el amor verdadero (y seguía sin mirarme). Apenado hube de aceptar que si quería seguir teniéndola a mi lado habría de casarme con ella... El nuestro no fue un matrimonio largamente planificado como el suyo anterior con Javi. Convinimos rápidamente en irnos a vivir a mi casa, los tres, incluida la madre, pues no era cuestión de dejarla sola traspasándole la tristeza de cuando yo lo estuve. En cuanto al lugar donde cumplimentamos las formalidades de la boda tampoco fue el mismo: el juzgado sustituyó a la iglesia, no por mi voluntad, que soy creyente, sino porque ella lo dispuso así alegando que le daba reparo prometerme fidelidad ante el altar habiéndosela prometido a Javi, reparo del que no conseguí liberarla por más que le hablé de que eso es hasta que la muerte separa a los contrayentes. En fin, por no ser lo mismo ni siquiera el viaje de novios lo fue, pues no lo hubo; cómo haberlo si nunca fuimos novios, si lo nuestro fue pasar de una relación sin compromisos a otra en que los hay con sus correspondientes leyes. Así, ya marido y mujer y suegra, lo celebramos en un restaurante con una comilona que nos tuvo ocupados hasta bien entrada la tarde en que, cogiendo un taxi, me las llevé a las dos a mi casa. Tengo que reconocerlo: era tan feliz que me censuré no haberme casado antes. Al llegar la noche, nuestra madre, con

suma discreción, nos dejó solos; sabía que la intimidad es necesaria en cualquier entrega de espermatozoides. Yo se lo agradecí. –El tipo me miraba con la boca abierta, sin duda ansioso porque le explicase lo que siguió al agradecimiento.– Nada . Dejado que la había a ella, mi mujer, para que se preparase en nuestro dormitorio, esperé fuera hasta que pasado un tiempo prudencial entré yo. Acostada de lado en la cama apenas se dejaba ver el cogote. Sonreí pensando se trataba de un exceso de pudor (para que vea hasta dónde llega la ceguera del amor) –advertí por lo que de contrario hay entre el pudor y el gusto, no por disminuido inexistente, por incitar– y no dije nada. Me desnudé a mi vez, y al pedirle que se hiciera a un lado para poderme acostar yo también, en su no hacerme caso la destapé en parte. Estaba dormida... Sí, fue una desagradable sorpresa que me heló el corazón, que cortó en seco la felicidad que tenía. Nunca lo hubiera creído de no haberlo visto; si bien es cierto que al poco rato dejé de creerlo al pensar que habíamos tenido un día muy ajetreado y que ella, cansada, no había podido resistirse al sueño. Más tranquilo, y recobrada en parte mi felicidad, me dormí. –Tal vez fue por vengarse de la desilusión que mi explicación le produjo, tal vez por el propio discurrir de la partida, no sé; lo cierto es que, uno tras otro, dos de mis peones fueron comidos.– Al día siguiente mi felicidad se recobró del todo, no porque ella suspirase por mi amor, sino porque enferma (treinta y siete y medio marcaba el termómetro) confirmó mi creencia de lo ejetreado del día anterior. Amoroso le llevé el desayuno a la cama obligándola a tomárselo. Más tarde, al encontrarme con mi madre política (no sé ahora, pero entonces no era mujer de mucho madrugar) la puse al corriente del estado de su hija. Para mi sorpresa, no pareció alarmarse; según ella estas cosas pasaban cuando... No me lo quiso decir porque viendo en mi cara la extrañeza que me causaba no verla correr hacia la habitación donde estaba la hija, lo hizo, aunque con retraso y sin correr. Así me tuvieron, madre e hija, durante varios días no queriéndome decir cuándo pasaban aquellas cosas, hasta que obligadas por mi creciente insistencia al ver que mi amada esposa no

mejoraba, me hicieron saber que aquellas cosas pasaban cuando, como consecuencia de lo mal que lo habían pasado desde la desaparición de Javi, el piso donde vivían hasta mi providencial llegada estaba hipotecado y a punto de ser embargado. Saberlo me puso de malhumor por lo que tenía de falta de confianza. ¿Es que a esas alturas todavía seguían sin darse cuenta de lo importante que ellas eran para mí, de que sus penas eran mis penas y sus alegrías las mías? Raudamente me dispuse a demostrárselo. Exactamente la deuda ascendía a siete millones ciento treinta y cinco mil pesetas, o sea, cuarenta y dos mil ochocientos ochenta y dos euros con veintiún céntimos. –Tanta precisión sorprendió a mi contrincante.– Sí, son cifras que he de revisar una y otra vez, después, cuando fui yo el embargado. Lo pagué a tocateja y sin recibo, quiero decir sin recibo en cuanto a la entrega del dinero que yo le di a esa bruja, la madre de mi ex –un escalofrío sacudió todo mi cuerpo al hacerme visible el suyo sin vida–, para que recobrase la entera propiedad de su piso –concluí con voz apenas audible.

De nuevo me daba cuenta, ya tarde, de otra de mis malas ocurrencias. Si entre mi mujer y yo nunca hubo divorcio, cómo llamarla ex sin saber de su muerte. Nervioso, hice ademán de ir a coger la botella del anís que estaba a mi lado, pero me contuve. Aunque entre nosotros dos no había secretos en cuanto a la necesidad que teníamos de las bebidas alcohólicas, sí los había en los motivos que provocaban la ansiedad que hace de esas bebidas necesidad. Ante esta situación, me vi encerrado en el retrete con el ataque de pánico que, de no hallar una rápida solución, llevaba trazas de repetirse otra vez. Y la idea vino, sabiéndolo a él periodista, recordándome que era pública la desaparición de ella. Con prisas me levanté y, cogiendo el transistor, busqué entre las emisoras... Oh, aquella voz hablando de que la joven mujer desaparecida hacía semanas había sido hallada muerta, fue mi salvación.

–Vé –le dije al tipo sin poder ocultar mi alegría–, por esto la he llamado ex, porque lo sospechaba.

Atentos, seguimos escuchando. «El cuerpo, en avanzado estado de descomposición y con síntomas de haber sido golpeado –informaba la voz–, ha sido hallado en un pequeño bosque de eucaliptos junto a la marisma. De momento habrá que esperar a lo que la autopsia diga, pero todo parece indicar que se trata de un asesinato. Seguiremos informando.» Tras apagar el transistor, volví a mi asiento.

–Y qué quiere que le diga –pregunté mirando la mirada de sorpresa de mi contrincante que ya no sabía si era por la exactitud de mis cifras o por mi alegría–, ¿que me apena saberlo? Pues no; lo siento. Quien a hierro mata a hierro muere... Resumiendo, siete millones largos –quité precisión en un intento porque dejara de sorprenderse– de mi propiedad pasaron a serlo de la madre, que aunque común (como no paraba de recordarme mi mujer), lo era más de ella que mía. Por lo demás, las cosas siguieron estando como estaban, o sea, sin yo poderme estrenar como donante de espermatozoides. Pasaban los días, y nada. Que si hoy porque sigo estando enferma, o mañana porque tengo la regla, yo no consigo estrenarme. Y es lo que me decía: que una cosa es no ser un obseso del sexo, y otra muy distinta que no te dejen ni probar. Consecuencia de esto fue que mi felicidad empezó a dar paso al enfado, a echarle en cara su falsedad en lo habido entre ella y yo en vida de Javi. Pero ¿realmente hubo engaño? No, ya he dicho que no. Lo que ocurre es que el contexto ha cambiado. De ser antes uno en el que no sabe de estrecheces económicas, es ahora otro en que sí sabe. El fin sigue siendo el mismo: domar al macho, pero con el añadido ahora de que si por cualquier circunstancia el macho se va, el establo quede en poder de la domadora. En cuanto al tipo de doma depende de la personalidad del macho en cuestión; no es lo mismo uno con mucha producción de testosterona que otro con menos. Ahora bien (me repito en lo dicho del pene), lo importante no es esto, lo importante es mantener el punto exacto de necesidad de dependencia de su coño. En el primer caso no hay cuidado de qué y cuánto se le dé de comer porque el hambre es tanta que nunca pierde el apetito; sin embargo

con el segundo hay que andarse con mucho tiento, pues enseguida que se harta puede llegar incluso hasta aborrecer, dando al traste con todo el trabajo de doma efectuado. Es mi caso. Ella conoce mi nivel de producción de testosterona desde siempre, de cuando críos era Javi quien iba detrás de ella y no yo, y de cuando siendo esposa de éste quiso que yo cubriera las deficiencias del marido; y de este conocimiento ha sacado sus conclusiones: no darme ni lo mínimo, lo cual no significa ni tampoco alguna carantoña de vez en cuando, sobre todo si previo al vez en cuando ha habido un comportamiento como el de pagar la hipoteca. Pero no, desdichado que soy no consigue deshacerse de mi enfado, y, enfadada a su vez, me echa en cara mi falsedad, de que siendo su actuar el mismo al de cuando viuda esperaba a que me apeteciera para vernos, no hago más que mortificarla. Y qué quiere que le diga –volví a preguntar. Entristecido al ver que después de todo lo hablado el tipo no sabía qué responder, tentado estuve de dar por concluidos mis recuerdos. Tras unos segundos de vacilación, sólo mi curiosidad acerca de los motivos que en él habían provocado estados de ansiedad similares a los míos, me hizo superar la tentación. A falta de otro que respondiera, lo hice yo–: El amor que se paga no es amor, a eso se le llama puterío; y me importa un bledo que el pago se haga en metálico, en especie o de cualquier otra forma. Sin duda que su actuar era el mismo, pero no el mío que ahora pagaba manteniéndolas a ellas. Oh, qué diferente habría sido nuestra relación si yo hubiera visto en ella un dar desinteresado, un dárseme sin pedir nada a cambio. Entonces sí que me habría dejado matar por ella..., porque, aunque nunca nadie me ha creído, yo sé que lo intentaba. Claramente me lo dijo en una de nuestras discusiones: que no me llevase a engaño, que ella ya no era la mujer ingenua de cuando Javi y que estaba dispuesta a morir matando antes de que la volvieran a poner de patitas en la calle. Oírsele me puso la carne de gallina, por triple motivo: uno, porque si a sí misma se consideraba ingenua en el tiempo en que yo la tuve por peligrosa, qué no sería ahora; dos, porque sin darme cuenta de lo que hacía obligado por las circunstancias, el peligro lo había metido en mi

propia casa; tres, porque siendo ésta de mi entera propiedad, era yo el amenazado. A todo esto la madre, en el deterioro de nuestras relaciones, pasó de mantener una posición neutral por considerarme tan hijo como su propia hija en agradecimiento a los muchos favores que le había hecho, a hacer causa común con quien al fin y al cabo era carne de su carne. No me dejaron otra salida que la de plantearme seriamente cómo volver a la situación de antes, a cuando solo no estaba tan mal acompañado. Pronto lo decidí: el divorcio era la mejor opción. Se lo propuse convencido de que lo aceptaría por compartir la opinión de lo mal que nos acompañábamos, pero para mi asombro dijo que no, que si me había creído que era tonta, que a ella nunca nadie la echaría de nuestra casa. Estaba claro: la casa era de mi exclusiva propiedad, pero también yo lo era de ella, y, por tanto, podía exigirme al respecto. Recuerdo que en mi desesperación me mordía los puños, ya no de rabia, sino de ira por haber sido tan idiota de dejarme atrapar... (recordé mis compromisos firmados en el juzgado) por ella, que no la madre. Un proyecto de liberación calmó en parte mis ánimos. Consistía en mandar a la madre de vuelta a su piso de protección oficial, dando la oportunidad a la hija de hacer otro tanto a cambio de yo olvidarme de mis siete millones. Qué ingenuo. De la madre sí que me liberé, y también de mi dinero que sin justificante con que poder reclamarlo se fue con ella, pero no de la hija que tan segura estaba de sus derechos para conmigo. Con todo no lo consideré un fracaso –opiné molesto y pensando lo contrario respecto a la torre que con su reina me echó abajo–. Roto el frente de batalla que entre las dos formaban, la victoria se me prometía más fácil. Estaba equivocado. Atrincherada en el que había sido también mi dormitorio hasta el día en que coherente con mi propuesta de divorcio la dejé sola, sólo deambulaba por el resto de la casa lo imprescindible, como ir a la cocina a prepararse su comida, que no la mía, o al aseo. Eso sí, todas las tardes se iba a ver a la madre (lo estoy viendo) para darle el parte de guerra y decidir plan para el día siguiente. En estas condiciones, como comprenderá, la guerra entró en una fase de letargo de la que nunca

habríamos salido de no ser porque viéndome adaptado a ella creyó que debía hacer algo para de nuevo violentarme, hacerme sufrir. Sin embargo, la tarde en que lo hizo, para según costumbre ir a casa de la madre, no me molestó verla como no la veía desde aquel lejano día del trolebús en que hube de ayudarme en orientar el miembro, y no me molestó porque después de los pocos meses durmiendo juntos en castidad y muchos más mal conviviendo bajo el mismo techo, conocía de ella lo que no conocía cuando el miembro se me sublevaba, esto es: la mala leche que llevaba dentro. Sin duda contrariada por mi falta de respuesta en cuanto a provocarme a celos, dejó su traje de vampiresa en el armario... escasos días, sólo los suficientes para recuperarse y contraatacar de nuevo. Nunca antes había vuelto tan tarde, al menos nunca después de yo acostarme. La primera noche no sé exactamente a qué hora lo hizo, pues dormido no me enteré de su llegada. La segunda sí recuerdo que eran más de las dos cuando reloj en mano la oí llegar. La tercera...; aquella tercera noche ya no pude aguantar más. Aun dando por hecho que era a la madre a quien iba a ver, me extrañaba que ésta la retubiera hasta horas en que ambas sabían que el trolebús no prestaba servicio y la obligaba, a falta de coche propio, a coger un taxi; a no ser que alguien se le ofreciera a traerla. De pie junto a una de las ventanas que dan vista a la carretera, esperé paciente, en la oscuridad, en el silencio que roto de tarde en tarde me hacía mirar mejor por si era el de su coche. No hizo falta que mirara mucho cuando en el acercarse de uno disminuyendo de velocidad la adiviné en él. No era un taxi; sí un coche mejor que los de medio pelo. Parado frente a la ventana donde yo estaba, con los faros encendidos y el motor al ralentí, no parecían tener la prisa que yo tenía por verla a ella. Al rato salió, cruzó el corto sendero y, tras enviar un beso con la mano a quien o quienes dentro del coche en ningún momento pude ver, entró en casa al tiempo que aquél daba la vuelta para irse por donde había venido, o sea, en dirección a casa de la madre. Si esto fue así, tal como lo digo, por qué entonces se fijó en mi mente la idea de que el acompañante era uno, varón,

aproximadamente de mi edad y más agraciado de físico. No sé... Bueno, sí; sí que lo sé. Es por lo de siempre, por la poca confianza que tengo en mí mismo, por pensar que sólo aquello que nadie quiere o ello me quiere a mí merece mi esfuerzo por conseguirlo, pues si la competencia aparece o ello no me quiere llevo todas las de perder. Nada sabía del tipo aquel –reconocí mi ignorancia mirándolo a él–, y sin embargo daba por hecho que era mejor que yo. Pero mejor en qué. ¿En conseguir el amor interesado y pesetero de mi mujer con un coche que yo me había negado en su momento a comprarle por considerarlo excesivo gasto después de lo hecho con la hipoteca de la madre? Qué absurdo. Si era por esto, no tenía por qué entristecerme, sino todo lo contrario: alegrarme de que por fin hubiera alguien capaz de liberarme de semejante arpía. Aquella noche dormí como hacía noches que no dormía... Ilusionado con esta esperanza dejé pasar los días sin preocuparme lo más mínimo de sus llegadas nocturnas, hasta que tantos pasaron que empecé a preocuparme. No era lógico que encontrado el amor de su vida no me lo dijera aceptando mi propuesta de divorcio... (me sorprendí a mí mismo por lo poco que de novedoso tenía) que le hubiera supuesto la pérdida de sus derechos sobre un patrimonio de mi exclusiva propiedad. Como vé, mis ansias por desprenderme de mi mujer eran tantas que hasta me olvidaba de lo más evidente. Comprendí que, si quería obtener el divorcio, no me quedaba otra solución que la de implicarme personalmente en el aporte de pruebas fehacientes frente a terceros de su flagrante delito de adulterio... Ya he dicho que aquella tercera noche sólo supe de alguien que conducía el coche, pero nada más. Pues bien, en estas siguientes seguí sabiendo lo mismo. Los faros me deslumbraban impidiendo que viera en su interior con mi cámara de fotos; y no era cuestión de salir de la casa para ver de más cerca, pues precavidos dejarían de hacer lo que estuvieran haciendo, con lo que mi foto carecería de validez como prueba al no ser delito que una mujer esté junto a un hombre por muy casada que esté. Consideré, por tanto, que dado que el coche sólo era usado para volver, debía ir yo a donde la casa de la madre, por dos

motivos: primero, porque siendo de día no tendría dificultades de visión; segundo, porque de este modo podría seguir sus pasos, cámara en ristre, desde un principio. Así dispuesto, me planté una tarde allí, discretamente confundido entre la gente de un bar cercano. Como preveía, la vi llegar; sola. Llamó al timbre, le abrieron la puerta y entró en donde sabía, de mi época de visitante esporádico, están las escaleras para subir, entre otros, al piso de la madre. Pasan las horas, cañas de cerveza del barril a mi estómago, parroquianos cada vez menos, y nada: ella no sale. Cierran el bar, me cobijo en el portal de la casa de al lado, miro por centésima vez el reloj: son las dos. Sí tengo que reconocerlo, a pesar de su puntualidad me sorprendió, y mucho, verlas salir, madre e hija, sin la presencia de un hombre. Las seguí por la calle a prudente distancia; mirando ellas entre los coches allí aparcados. No tuve la menor duda de quién iba a ser el conductor cuando subieron en el que ya conocía. Sumamente contrariado, aquella noche llegué yo a casa en taxi y más tarde que ella... Frustración es la palabra que define todo lo que yo sentía en aquellos momentos, pero no la frustración de cuando Javi la prefería a ella o ella le prefería a él, sino frustración por no existir el amor que yo esperaba me liberara de ella. Era una frustración callada, asumida por lo que de imposible hay en dar marcha atrás en el tiempo. Legalmente estábamos casados, y, a falta de un común acuerdo, sólo la muerte podía separarnos. –Sabiéndola muerta, sonreí feliz. Dándome cuenta del asombro que mi alegría provocaba en quien como contrincante en el juego acababa de comérseme un alfil, se lo expliqué–: No se puede pedir a la víctima que llore la muerte de su verdugo, y en nuestro caso el victimado era yo, mediante un castigo sutil, sin marcas visibles a los ojos del mundo pero eficaz en poder destructivo; era como el morder del vampiro que quita la vida chupando la sangre y sin más señal que los dos minúsculos pinchacitos de sus colmillos. No obstante, sufrido que soy, creo que hubiese requerido de demasiados años para acabar con mi vida. Y qué, además, si lo lograba. No sé mucho de leyes, pero yo tenía hecho testamento (y así se lo había dicho) en el

que ella no aparecía por ninguna parte. Mucho debió pensar para idear el plan que le permitió hacerse con mi patrimonio y en contra de mi voluntad... Recuerdo que todo empezó a raíz de que yo le preguntara, haciendo como si no supiera, por su amante. Me miró fijamente a los ojos como no dando crédito a lo que veía: No provocarme a celos con su traje de vampiresa era grave, pero seguir sin hacerlo con el traje y un amante era gravísimo, era ser de todo menos un hombre. Rabiosa me lo dijo, que ella hacía tiempo que sabía que conmigo no tenía nada que hacer porque era maricón, porque me gustaba que me diesen por el culo. Decir que fue ira lo que se apoderó de mí es no decir nada. Fue pegarle un puñetazo en su asquerosa boca y esperar. Pero no, como arpía que era era incapaz de retractarse, de pedir perdón. Histérica se abalanzó con sus largas uñas pintadas de rojo buscando mi sangre, herirme en la cara. Se lo impedí sujetando con mis manos sus brazos, y en su violento empeño en lograrlo y yo no dejarla, sus gritos de rabia volvieron a los insultos de antes. Entonces sí que ya yo me descontrolé. Golpeaba ciego; ¡gritaba, ahogando los suyos en lágrimas, que era una puta, que nunca conseguiría dominarme, que yo era demasiado hombre para un coño como el suyo. Y golpeaba, golpeaba frenético queriendo destruir, matar! –me convulsionaba con la excitación de mis recuerdos–. Sin duda lo hubiera logrado de no llegar la policía.

El tipo, que me miraba asustado por la violencia de mis gesticulaciones intentando plasmar con todo su dramatismo lo habido entre mi mujer y yo, suspiró aliviado al decirle que llegó la policía. Sonreí, aunque no mucho. En mi excitación también estaba el hecho de que aprovechándose de los descuidos provocados por mi recordar, ya eran muchas las piezas que se me había comido y empezaba a darme cuenta de lo difícil que me iba a ser ganar la partida. Por otro lado, yo se lo estaba diciendo todo de mí y en cambio él no soltaba prenda. Excepto que era un periodista no muy trigo limpio, nada más sabía, y, sólo fuera por mero instinto de supervivencia, yo también estaba interesado en conocer de sus desmanes y poder decir eso de «y tú más».

Me levanté. Tenía la boca seca de tanto hablar.

No me preocupaba, sin embargo, haber llegado en mis recuerdos hasta el desagradable suceso que acabo de narrar, no ya porque yo lo considero acto de legítima defensa, sino porque para quienes no lo consideraron así pagué mi deuda. Por si acaso el tipo era de estos últimos, no quise dejar ésta sin que supiera que por pagada había dejado de ser deuda.

Tras beber un vaso de agua en la fregadera y sentarme de nuevo, me dispuse a hacérselo saber:

—Me detuvieron. Como puede imaginarse mis destrozos fueron tantos y tan visibles que necesariamente hube de ser juzgado. A falta de letrado que me defendiera, el colegio de abogados me designó uno en turno de solvente. No pude por menos que disgustarme al ver que era mujer; por experiencia sabía que, excepto como madres, no hay que esperar mucho de ellas. Me preguntaba sobre lo sucedido y yo apenas contestaba. Para qué, si dijera lo que dijera nunca aceptaría que no siempre la culpa es de los hombres. No sé, por tanto, cómo se las arregló para preparar mi defensa... Habían pasado dos años y de nuevo regresaba, aunque a distinto juzgado, al lugar en donde me casé. Entré en la sala; estaba abarrotada de gente, la mayoría mujeres. Uno de los policías que me acompañaban me quitó las esposas y me senté esperando empezara el juicio. Fue en esta espera cuando, en un instintivo volverme, las vi, madre e hija, en uno de los primeros bancos de donde estaba el público. Fueron segundos, pero me atrevería a decir que en sus labios, en los de mi mujer, hubo algo así como una sonrisa, una sonrisa de victoria entre las muchas magulladuras que, a pesar del tiempo transcurrido, evidenciaban lo brutal de mi paliza. Y es que, aunque todavía nada se había dicho en el juicio, ella había conseguido con su plan que se celebrara... Mucho se habló. ¿Pruebas?: pocas pero contundentes, como la oportuna llegada de la policía alertada por una llamada anónima de mujer que, conociendo (según el fiscal) de lo mucho que estaba sufriendo la finalmente agredida como consecuencia del trato despótico y machista de su marido,

vigilaba los pasos de éste desde hacía tiempo, porque blablablá, lo cual le llevaba a reclamar del jurado un castigo ejemplar para que los hombres como el acusado (o sea, yo) se dieran cuenta de una dichosa vez que las mujeres no son objeto de su propiedad sino personas que como iguales exigen del mismo respeto. Era un hombre (me fijé en el dedo anular de su mano izquierda) casado. Por lo que respecta a mi defensa, aun compartiendo plenamente lo del castigo ejemplar, tenía que admitir que el mío era un caso atípico. Yo no era persona de gustos violentos, lo que ocurría es que debido a mi personalidad enfermiza necesitaba de un apoyo emocional, es decir, de alguien en quien poder confiar plenamente (y recalco lo de plenamente), porque sólo así me sentía seguro y, por tanto, capaz de darme a los demás siendo lo que era. Esto no significaba que sin ese apoyo no pudiera ser lo que era, sino que siéndome sumamente difícil la relación interpersonal, me recluía en soledad dejando de dar. Ella veía, pues, que yo soy por mí mismo de naturaleza solitaria que requiero de alguien que tome la iniciativa, si no totalmente sí al menos en parte, en cuanto a darme confianza para abrirme a él. ¿Y cómo lograr esa confianza? Muy sencillo: no mintiendo; sólo así yo no recelo de las intenciones de quien, al menos en parte, se me ha acercado, pues está claro que sólo mienten los que se acercan buscando algo bueno para ellos a costa tuya (o sea, mía). Dicho esto, venía la segunda parte de mi complicada personalidad, y era que esta persona sincera que había logrado ganarse mi confianza requería, además, ser humilde, en el sentido de ser capaz de reconocer de que así como yo estaba necesitado de ella en eso del apoyo emocional, ella lo estaba de mí en cuestiones de las que viéndome dotado me permitieran recuperarme de la baja autoestima que tenía por crearme de personalidad enfermiza. –De nuevo suspiró, aunque esta vez, mirando que estaba al tablero, como si fuera consecuencia de las muchas dudas que le embargaban acerca de la jugada a efectuar. Me di cuenta que mentía, pues ya he dicho que era yo el que lo tenía complicado y no él. Si tan cuesta arriba se le hacía comprenderme, bien fácil lo tenía: levantarse e irse. Los dos

descansaríamos.— Y con esta recuperación —continué, ya hasta las narices de tanto secretismo—, lograba imponer mi ego sobre el de quien sin su ayuda no lo habría conseguido, pues en el fondo yo era un egocéntrico. Pasó entonces a hablar de la relación entre mi mujer y yo, ambos egocéntricos pero requiriéndonos de diferente modo: yo a ella emocionalmente, ella a mí en cuestiones más materiales. Así las cosas, nos damos el uno al otro valorando lo que damos y recibimos en beneficio propio; es decir, doy pero no todo para no perder el control del otro que tiene lo que yo necesito, y en este no darlo todo acabamos peleándonos por ver quién domina a quién... A pesar de las evidentes lagunas de este análisis, lo consideré bastante acertado. Yo soy hombre de paz, no me gusta la violencia; lo que pasa que a veces te lo ponen tan difícil que no te queda más remedio... Me dejaron con una mano delante y otra detrás. El jurado, tras reconocer lo necesitado que yo estaba de apoyo emocional, consideró que también mi mujer lo estaba de material (sobre todo a raíz de los daños que le ocasioné con mi paliza), y dado que las únicas personas legitimadas por ley para dar ese apoyo éramos nosotros mismos, fallaba que así se hiciera: primero yo indemnizánola en la medida de mis posibilidades (que fue todo, casa incluida), después ella si yo se lo requería... No se lo requerí. La dejé con su madre y me vine aquí, a donde ahora estamos.

Y se acabó. Tanto si le gustaba como si no, yo no estaba dispuesto a seguir contando, a seguir como hasta ahora en que a la chita callando el tipo había conseguido de mí lo que yo no de él.

Calculo en más de media hora el tiempo en que seguimos así: él callado, yo sin hablar. No sé en su caso en qué pensaba, pero en el mío era que sólo comiéndome su reina tenía algunas posibilidades de equilibrar la partida. ¿Pero cómo hacerlo? Ahora no era como al principio donde con todas las piezas sobre el tablero, y dos vasos de anís en su cuerpo, pude tentarle con un peón para yo comerme su alfil; ahora las piezas eran menos y, por tanto, más fáciles de controlar; a poco que quisiera engañarle enseguida se daría cuenta. Ante lo

difícil del momento, estaba dudando sobre si darle otro vaso de anís, cuando de repente salió de su mutismo hablando de un caso que él conocía muy similar al mío. Gratamente sorprendido, dejé mis dudas aparte para prestarle atención.

Era cierto; su caso era tan similar al mío que, la verdad, me gustaba verme retratado, justificado por no ser el único.

–Sí –reconocí tras decirme que había acabado matando a su mujer–, a veces nos lo ponen tan difícil que no nos queda más remedio.

Oírme esto y levantarse de la cama fue todo uno. Tan bruscamente lo hizo que una pequeña grabadora cayó del interior de su chaqueta al suelo. La recogió con prisa; con mucha más salió de la habitación dejándome solo.

Anonadado, estuve durante horas y horas mirando al tablero, a lo que sabía no tendría final. Anocheció. A través del tabique oí a la pareja de al lado suplicarse, en tono amoroso, la paz. Luz de luna entraba del patio de luces. No lo puede remediar: Lloré como no lo hacía desde crío.